

VAE VICTIS

REFLEXIONES ANALÍTICAS SOBRE ESCENAS FAMOSAS DE LA HISTORIA DE ROMA

1. La actitud generosa y deferente (al menos externamente) del vencedor para con el vencido, conforme es usual ejemplificarla o simbolizarla en la figura de Ambrosio Spínola en *La rendición de Breda*, cuenta en la historia de Roma con paradigmas insignes (recogidos, varios de ellos, por Valerio Máximo en el capítulo «De humanitate et clementia» de su obra: V 1, 1-11), de entre los cuales entresacamos como muestra los de Lucio Emilio Paulo (para con Perseo), y César (para con Cicerón, y, muertos ya, para con Pompeyo y Catón). El primer paradigma lo es, sin embargo, de una magnanimidad meramente momentánea, bastante menoscabada después por la conducta posterior del propio Emilio; la benevolencia de César, en cambio, ofrece un paradigma válido sin reservas, en tanto, al menos, que actitud externa.

Pero empezaremos con la anécdota del *vae victis*, que como lema simbólico puede aplicarse a ambos paradigmas, y que, de modo en parte similar a lo que ha ocurrido con el senario *homo sum: humani nihil a me alienum puto* (*Heautontimor.* 77), ha pasado a tener, en calidad de símbolo, un valor mucho más intenso, general y penetrante que el bastante anodino que ambas frases tienen en sus contextos propios. Y así la frase *vae victis*, aunque célebre y proverbial, está poco atestiguada y aparece de modo muy esporádico en toda la Antigüedad. Atribuida a Breno, caudillo o rey de los galos invasores de Roma (en el siglo IV a. C., distinto de otro cau-

dillo galo del mismo nombre que, cerca de un siglo después, en 279 a. C., mandaba a los galos que saquearon Delfos), con esa atribución está sólo en Livio (V 48, 9), Plutarco (*Camill.* 28, 5) y Festo (p. 510 L. 'vae victis'): los galos han ocupado Roma y asedian el Capitolio (año 362 a. C.); pero, conviniéndoles tanto a ellos, a pesar de ser los vencedores, retirarse como a los propios romanos, pactan con éstos la retirada, que los romanos, vencidos y en situación en todo caso mucho más apurada, tienen que comprar entregando en mano a los galos mil libras de oro. Pero, al pesar el oro, los galos utilizan pesas (o contrapesos; no se precisa la clase de balanza que se utilizó en la operación) mayores que lo acordado (Livio: *pondera ab Gallis allata iniqua*; Festo: *iniquis ponderibus*), o bien acaban por tirar abiertamente de la balanza (del brazo mayor, sin duda, si la *libra* era del tipo que nosotros llamados la romana, que era el más usual), haciéndola inclinarse a su favor para que sea mayor de lo estipulado la cantidad de oro que los romanos tengan que entregar (Plutarco: *περὶ τὸν σταθμὸν ἀγνωμονοῦντων κρύφα τὸ πρῶτον, εἶτα καὶ φανερώς ἀφελκόντων καὶ διαστρεφόντων τὴν ῥοπὴν*); pero, no contento con eso, Breno, como ultraje e irrisión, añade aún al contrapeso su espada (en Livio y Festo), y su cinturón además (en Plutarco; también Dionisio de Halicarnaso *antiq. Rom.* XIII 9, 2 menciona el cinturón, y la espada, y añadiendo aún la vaina de ésta, pero sin nombrar a Breno, a quien llama sólo «el galo»), y, al quejarse de ello el comisionado romano, que era el tribuno (*tribunus militum*) Quinto Sulpicio (en Livio y Plutarco; Apio Claudio en Festo), Breno pronuncia la frase «ay de los vencidos» (*vae victis* en Livio y Festo; traducida por Plutarco con una exigua paráfrasis: *τοῖς νενικημένοις ὀδύνη*). Festo añade (y es el único que da este detalle) que Camilo hizo uso de la misma frase, como un talión, cuando, vencido Breno por él, se quejaba por su parte de incumplimiento del convenio; esta queja de Breno, contestada por Camilo arguyendo de invalidez al convenio por haberlo pactado Sulpicio, tribuno, siendo Camilo ya dictador (había sido nombrado estando ausente), está casi por igual en Livio (49, 2; sin mención de Breno aquí: *illi [sc. Galli] renitentes*) y en Plutarco (29, 2-3). En Floro I 7, 17 está el *vae victis* sin nombrar a Breno y en forma muy abreviada (abreviación de Livio, como de ordinario). Servio *Aen.* VI 826 nombra a Breno, pero no menciona el

episodio culminado en el *vae victis* ni este dicho. Tampoco nombra a Breno, en un relato parecido al de Plutarco pero que sólo llega a un aplazamiento que los romanos piden para reunir el oro que aún faltaba (un tercio del peso resultante del contrapeso, la espada, la vaina y el cinturón), Dionisio de Halicarnaso *loc. cit.*, con el *vae victis* en forma parecida a Plutarco: ὀδύνη τοῖς κεκρατημένοις. Y no mencionan, no ya a Breno, sino ni siquiera el *vae victis*, los breves relatos o referencias de Justino (XLIII 5, 8: los masilienses completan el oro que les falta a los romanos para cumplir el convenio), Estrabón (V 2, 3: oro recuperado por los de Cere), Diodoro (XIV 117, 5: recuperado por Camilo algún tiempo después), y Suetonio (*Tib.* 3: recuperado por Livio Druso un siglo después).

Así pues, Camilo impone, por la fuerza, una argumentación legal, y convoca después a una decisión armada; Breno, según Festo, sufre (no consta si antes o después de esta decisión armada) el mismo ultraje que él quería inferir con su acción y justificar encima, fácticamente, con la frase *vae victis*.

Que la frase se hizo proverbial está explícitamente afirmado en Festo y Plutarco. Pero el *único* pasaje de toda la latinidad en que, sin referencia alguna, por lo demás, a los galos ni a ningún otro detalle de su origen, se usa la frase con valor proverbial parece ser Plauto *Pseud.* 1317, que es, con mucho, el texto más antiguo (el *Pséudolo* se representó el año 191 a. C.) de cuantos contienen el *vae victis*, y que confirma, siendo muy anterior a toda obra analítica escrita en latín (unos veinticinco años anterior al comienzo de las *Origines* de Catón), la antigüedad del proverbio, que muy probablemente se habría transmitido hasta entonces por vía oral; es, en efecto, poco verosímil que Plauto lo hubiera traducido del texto griego de Fabio Píctor, de Cincio Alimento, o de cualquiera de las fuentes griegas de éstos.

2. Perseo, rey de Macedonia, vencido en Pidna (22 de junio del 168 a. C.), refugiado después en Samotrace, se entrega al fin a los romanos y es conducido a presencia del caudillo vencedor, el cónsul Lucio Emilio Paulo. Éste, al verlo llegar, se levanta llorando de su asiento y acude a recibirlo (Plutarco *Aem.* 26, 5). Perseo se echa a sus pies y le suplica, cobarde y vergonzosamente, que le perdone la vida, a lo que responde Emilio increpándole severamente por su

falta de entereza, sin amenazarle ni tampoco prometerle nada. Así pues, Perseo suplica, como hará Asdrúbal, el día terrible de la ruina final de Cartago (abril del 146 a. C.), al entregarse (a diferencia de su mujer, que se arroja a las llamas con sus hijos) a Escipión Emiliano (Apiano *Pun.* 131, Diodoro XXXII 23, Valerio Máximo III 2, ext. 8, Floro II 15, 16 s., Zonaras IX 30, y *periocha* T. Liv. lib. LI); y Emilio llora (sólo en Plutarco *loc. cit.* y, pero sin precisar que fuera en ese momento, en Aurelio Víctor *de vir. illustr.* 56, 3), como llorará Escipión Emiliano (sólo en Apiano *Pun.* 132 y Diodoro XXXII 24) a la vista de Cartago arrasada por orden suya; como llorará también César cuando, al llegar a Egipto en octubre del 48 a. C., le llevan la cabeza de Pompeyo (sólo en Valerio Máximo V 1, 10), y como había llorado Marco Claudio Marcelo, en 211 a. C., a la vista de Siracusa por él conquistada y saqueada por sus soldados (sólo en Valerio Máximo V 1, 4 y en Plutarco *Marc.* 19, 1; y el pesar de Marcelo por el asesinato de Arquímedes, en Livio XXV 31, 9 s. y Plutarco 19, 4, e implícito en Valerio Máximo VIII 7 ext. 7). (No hay mención alguna, en cambio, de que llorara Lucio Mumio cuando, sólo cinco meses después de la destrucción de Cartago, en septiembre del 146 a. C., cumplió puntualmente, también él, la orden del Senado de arrasar Corinto.)

La deferencia de Emilio para con Perseo está contada con más detalle, aunque sin mencionar las lágrimas de Emilio al salir al encuentro de Perseo (sí en cambio lágrimas de Perseo, y, antes, de Emilio pero al anunciársele que le traen una carta de Perseo, reducido ya a la sazón a muy apurada situación en Samotrace, pero que aún utilizaba en la carta el título de rey), en Livio XLV 7, 5 y 8, 1-8, que ofrece el relato más completo (fundado sin duda en Polibio, del que acerca de esto no queda más que un breve extracto, XXIX 20, en el cod. Vat. 73), relato con el que, en uno u otro particular, coinciden los más compendiosos de Diodoro XXX 23 (en Constantino Porfirogénito *Excerpta* II 1, 280), Valerio Máximo V 1, 8 (dentro del indicado capítulo sobre ejemplos de humanidad y clemencia, y con la alabanza expresa y concreta de la magnanimidad compasiva hacia el vencido: *nam si egregium est hostem abicere, non minus tamen laudabile infelicis scire misereri*), Floro I 28, 9-11, Dión Casio fr. 66, 4-5, Eutropio IV 7, 2, Aurelio Víctor *loc. cit.*, y Zonaras IX 23. Pues bien, he aquí los rasgos esenciales de la acogida de Emilio a

Perseo tal como la cuenta Tito Livio: se levanta de su asiento (pero ordenando a los presentes, a los que ha convocado en su tienda, que permanezcan sentados), avanza un poco para encontrarse con Perseo al entrar éste en la tienda pretoria, le tiende la mano, lo levanta, al echarse Perseo a sus pies, sin dejar que llegue a tocarle las rodillas, lo hace entrar, lo sienta (dando frente, en Livio, a los presentes en la tienda pretoria, una especie de tribunal que ha convocado allí el cónsul; a su lado, en cambio, en Diodoro, Valerio Máximo, Dión Casio, Eutropio y Aurelio Víctor), y a continuación le hace, en griego, una dura requisitoria o reconvencción, preguntándole qué motivos ha tenido para emprender la guerra contra Roma, o cómo se ha atrevido a tamaña imprudencia; Perseo no responde, y Emilio termina su alocución griega dándole a entender que se le perdonará la vida; tras de lo cual se dirige, ya en latín, a la concurrencia, y les exhorta, a la vista de la infeliz suerte de este rey, a temer la inseguridad de la fortuna y a mantener una actitud modesta, libre de soberbia y jactancia. Por último le invita a su mesa.

Sin embargo, llega el momento del memorable triunfo macedónico de Emilio, recompensa que éste había conseguido a duras penas contra una fuerte oposición de envidiosos y resentidos, y que fue uno de los más relumbrantes de que hay noticia y duró tres días (los días 14, 15 y 16 de septiembre del año 167 a.C., que son los correspondientes [a partir de la ecuación 21 jun. 168 a. C. juliano = 3 sept. 586 a. u. c., para el eclipse de luna de la noche del 21 al 22 de junio juliano, en Livio XLIV 37, 8 *nocte, quam pridie nonas Septembres insecuta est dies* = noche que precedió al día de la batalla de Pidna, que fue el 22 de junio juliano, esto es, el 4 de septiembre, *pridie Non. Sept.*, republicano] a los indicados por los *Fasti Triumphales* para el año 587 a. u. c.: *L. Aemilius L. F. M. n. Paullus II pro cons. an. DXXXVI ex Macedon. et rege Perse per triduum IIII, III pridie kal. Decembr.*). Pues bien, llegado el tercer día del solemne y grandioso desfile que consagraba la más alta gloria de un general romano, Emilio no sólo no accedió a la petición de Perseo de que lo librara de ser ignominiosamente conducido delante de su carro en el desfile triunfal, sino que tuvo encima la crueldad de sugerirle (en Cicerón *Tusc.* V 118 y en Plutarco 34, 2) que de ello podía librarse suicidándose. Lo hizo, pues, desfilar (encadenado

según Livio XLV 40, 6 y Valerio Máximo VI 2, 3; acompañado por dos hijos y una hija, más doscientos cincuenta jefes de su ejército, según Diodoro XXXI 8, 12 en Síncelo; los hijos eran de corta edad según Plutarco 34, 3-4), acción relatada así por de Sanctis: «no le ahorró, naturalmente, la humillación de arrastrarlo delante de su carro» (*Storia dei Romani* IV 1, de 1923, p. 352 = p. 342 de la reimpresión de 1969); parece dar a entender de Sanctis que sería ya demasiado esperar de un general romano que llevara su clemencia o φιλανθρωπία hasta el extremo de abstenerse de tan despiadada ostentación. (Cf. la restricción indicada por Livio para las atenciones que Emilio había tenido con Perseo al invitarle a su mesa, como hemos visto, el día de su llegada al cuartel general: XLV 8, 8: *eo die invitatus ad consulem Perseus et alius omnis ei honos habitus est, qui haberi in tali fortuna poterat*; es como si explicitara el *parcere subiectis* de la Eneida.) Y en todo caso, aunque esto pudo ya estar fuera del poder de Emilio, Perseo sufrió cautividad, con sus hijos, primero en las horribles condiciones que describe Diodoro XXXI 9, 1-5 (en Focio *Bibl.* 381 b-382 a), en la prisión de Alba Fucens; después, en prisión algo más humana (esta vez, sí, por los buenos oficios de Emilio, que no pudo conseguir nada mejor para Perseo según Plutarco 37, 1 y Diodoro *ibid.* 5, y 7 = excerpta Constant. Porphy. 2, 1, 281), pero sólo para acabar sus días dos años más tarde, torturado finalmente por sus carceleros con el suplicio de no dejarle dormir (Diodoro *ibid.* 5 y Plutarco 37, 2). Y, en suma, tan estériles fueron las lágrimas (de un momento) de Emilio como antes las de Marcelo y después las de Escipión (como bien dice, para este último, que nada hizo por los cartagineses supervivientes según cabe deducir de Cicerón *Tusc.* III 22, 53, Orosio IV 23, 7, Zonaras IX 30, etc., de Sanctis en IV 3, Firenze 1964, p. 73).

3. Más efectivas fueron, si no las lágrimas de César (en octubre del 48, al serle presentada la cabeza de Pompeyo, según Valerio Máximo como hemos visto; el anillo según Plutarco *Caes.* 48, 2 y *Pomp.* 80, 5), sí al menos su afabilidad para con Cicerón, deliberadamente ostentosa con toda probabilidad, y asimismo sus palabras al recibir la noticia del suicidio de Catón. Cicerón espera durante cerca de un año en Bríndisi la llegada de César. César desembarca en Tarento el 25 de septiembre del 47; y poco después (no consta

si horas o días después) continúa su viaje por tierra, probablemente ya en dirección a Roma (donde estará apenas dos meses; el 25 de diciembre embarcaba en Lilibeo para Africa). Pero, en lugar de tomar la *via Appia* para Roma, da un rodeo y se dirige a Brindisi (sólo en Plutarco *Cic.* 39, 3); ni Plutarco, ni carta alguna de Cicerón, ni ninguna otra fuente, y asimismo tampoco Drumann, Gelzer, Carcopino, Stockton ni el resto de la bibliografía moderna, aclaran, ni aun hipotéticamente, el porqué de este rodeo. Quizá fuera para tomar la *via Minucia* (de Brindisi a Benevento por Egnacia, Bari, Canusio y Herdonia, la que seguirán Mecenas y Horacio en el viaje descrito en *sat.* I 5, nuevamente mencionada por Horacio en *epist.* I 18, 20, y antes por Cicerón *ad Att.* IX 6, 1; también en Estrabón VI 3, 7, 282; es la futura *via Traiana*); quizá, aunque esto parece ya excesivo, precisamente para ir al encuentro de Cicerón. Fue Cicerón, según Plutarco (*ibid.* 3 s.), el que, al tener noticia de que César venía de Tarento, se puso en marcha para salirle al encuentro, lleno de preocupación (todavía, a pesar de haber recibido, más de un mes antes, el 12 de agosto, una carta de César: *ad fam.* XIV 23, cf. *pro Lig.* 7 y *ad Att.* XI 18) por la actitud que pudiera tomar César para con él. Pero, a diferencia de Perseo, «nada indigno tuvo que hacer ni decir» (Plutarco), pues César, al verlo, bajó (no dice Plutarco si iba a caballo o en vehículo), abrazó a Cicerón y anduvo hablando con él sólo largo trecho. Esta escena está sólo en el citado pasaje de las *Vidas Paralelas*, pero ha dejado duradera huella en la imagen tradicional tanto de César como de Cicerón.

4. La fuga de Perseo antes de terminar la batalla de Pidna, precipitando así su propia derrota, la repite casi exactamente Pompeyo en la de Farsalia. Pero la huida de Pompeyo es todavía más triste y miserable, prolongándose en angustiada incertidumbre hasta su arribada a aguas de Egipto, donde, en el momento (el 28 de septiembre del 48) en que, para ponerse a merced del joven rey Ptolomeo, se dispone Pompeyo a trasbordar de su navío al bote de los que, aunque él no lo sabía, venían para asesinarle, como presintiéndolo recita dos trímetros de Sófocles en los que se afirma que el que se dirige a visitar a un tirano ya es su esclavo aunque fuera libre al partir (Sófocles fr. 873 Pearson en Plutarco *Pomp.* 78, 4, *de aud. poet.* 33 d, *reg. apophth.* 204 e, *Apiano civ.* II 84, etc.):

Ὅστις δὲ πρὸς τύραννον ἐμπορεύεται,
κείνου ὅτι δοῦλος, κἂν ἐλεύθερος μὶλλον,

palabras éstas las últimas que Pompeyo dirigió a su esposa Cornelia (y a sus demás acompañantes hasta entonces, que, como Cornelia, permanecieron en su mayoría en el navío que los había traído a Egipto), si bien tan dignas, por ser de Sófocles, como los dos trímetros (adéspotos, esto es, anónimos para nosotros, pero probablemente tan famosos o generalmente conocidos entonces como sin duda lo serían los otros dos de Sófocles, y que, puestos en boca de Hércules, quizá fueran también de uno de los tres grandes de la tragedia ática) que sólo seis años después recitó a su vez Bruto poco antes de suicidarse (Nauck adespot. 374 en Dión Casio XLVII 49, Zonaras X 20, y Teodoro Pródromo *Notices et Extr.* 8, 2, 82, con explícita referencia, los tres, a Bruto, y, parcialmente y sin esa referencia, en Plutarco *de superstit.* 165 a; no están, pues, en el *Bruto* de Plutarco, no los conoció, por tanto, Shakespeare para su *Julio César*, y, por otra parte, Teodoro Pródromo *ibid.* los juzga indignos de Bruto): «oh desdichada virtud, luego no eras más que una palabra, y yo afanosamente te buscaba como a una realidad, mas verdaderamente eras esclava del azar»:

ὦ τλῆμον ἀρετή, λόγος ἄρ' ἦσθ', ἐγὼ δὲ σε
ὡς ἔργον ἥσκουν· σὺ δ' ἄρ' ἐδοῦλευες τύχη.

5. De Catón, en cambio, tío y suegro de Bruto, no consta que pronunciase verso alguno antes de su suicidio (12 de abril del 46), y sí sólo que leyó por dos veces el *Fedón*. Sugiere o da a entender Carcopino (en Glotz-Cohen, *Histoire Romaine* II 2, París, 1937, p. 903) que César odiaba a Catón, y que el pesar que, en la forma que luego veremos, expresó por su muerte se debería a una especie de pudor o conveniencia, cuya finalidad habría sido la de consolidar y mantener viva, en aquella señalada ocasión, su reputación de generosidad, la ya arraigada gloria de la *clementia Caesaris*. Parece fundarse Carcopino en la dureza que al parecer caracterizó a los *Anticatones* de César, obra en la que éste, contestando al *Catón* de Cicerón, atacó ásperamente la memoria de Catón menos de un año después de su muerte. Cicerón, en efecto, se había atrevido,

a instigación de Bruto (o de Atico), a escribir, unos meses después del suicidio de Catón, en el verano del 46, un elogio del mismo que tituló *Catón* (el título, en Apiano *civ.* II 99, y en Cicerón *Top.* 94 y *ad Att.* XIII 46, 2; Cicerón alude también a la obra sin mencionar el título en *ad Att.* XII 40, 1), obra en la que, como bien dice Stockton (pp. 271 s., con base, especialmente, en la carta *ad Att.* XII 4, 2, de mediados de junio del 46, en que Cicerón habla de que está escribiendo la obra), intentó Cicerón, al parecer, hacer prodigios de equilibrio inestable (πρόβλημα Ἀρχιμήδειον) para elogiar a Catón sin herir a César, cosa, esta última, que desde luego no logró. Según Balsdon («Cicero the Man», p. 184 del volumen colectivo *Cicero*, London, 1964), Cicerón no tenía ningún especial motivo de agradecimiento ni de simpatía por Catón, y al escribir su elogio lo hizo por auténtico respeto y veneración, y sin tomar para nada en consideración el peligro en que incurría; habría, pues, que añadir éste a los varios otros actos de valor o coraje que encontramos en su vida y que tan a placer suelen omitir o minimizar los detractores que en cambio abultan y ponen en primer plano las debilidades o cobardías de Cicerón. La publicación del *Catón* quizá se demorase algunos meses, pues César no contestó, según Suetonio (*div. Iul.* 56, 5), hasta la época de la batalla de Munda, esto es, hacia marzo del 45, y lo hizo con la al parecer despiadada invectiva titulada los *Anticatones* o el *Anticatón*, que tampoco debió divulgarse muy deprisa, pues Cicerón en las cartas del 9 y 11 de mayo (*ad Att.* XII 40, 1 y 41, 4) habla de la obra de César como esperada pero aún no conocida directamente. No consta si los *Anticatones* eran dos obras (a las que podrían referirse Juvenal VI 338 y Prisciano *GLK* II 227, 2), o, como parecen indicar Suetonio en *div. Iul.* 56, 5 y Marciano Capela V 468 (cf. Cicerón *ad Att.* XIII 50, 1), dos libros de una sola obra, o, finalmente, en Plutarco *Caes.* 3 y 54 y *Cato min.* 36, Tácito *Ann.* IV 34, Apiano *civ.* II 99, Dión Casio XLIII 13, 4, y Gelio IV 16, 8, una sola obra llamada *Anticatón*. Cicerón, es curioso, da a entender, unos meses más tarde (en carta a Atico de hacia el 22 de agosto del 45, *ad Att.* XIII 50, 1), que admite la información, dada a César por Balbo y Opio, de que él, Cicerón, ha dado su total aprobación a los *Anticatones*; sobre esta especie de capitulación ideológica de Cicerón, que es como una palinodia, si bien semiprivada, a un año de distancia, de su propio *Catón*, no encuen-

tro comentario alguno en Tyrrell-Purser, Shakelton Bailey, Gelzer ni Carcopino; sólo en Drumann (Drumann-Groebe VI, Leipzig, 1929², p. 268, y III, Leipzig, 1906², p. 682) hay un par de sugerencias: según la primera, Cicerón habría alabado el *Anticatón* «en cuanto a la forma o estilo» (pero nada hay de esto en *ad Att.* XIII 50, 1, y sí sólo, en *ad Att.* XIII 46, 2, la referencia de Cicerón a una carta de César a Balbo en la que declaraba César que la lectura, muy reiterada, del *Catón* de Cicerón le había aumentado su caudal de palabras o recursos expresivos, y censuraba a la vez el *Catón* de Bruto); y según la otra, Cicerón habría alabado el *Anticatón* en un momento de miedo a alguna represalia de César (miedo reflejado en otra carta, también de agosto del 45 como *ad Att.* XIII 50, a saber, *ad fam.* VII 25, 1); ya tres meses antes Cicerón, deseoso de escribir a César una gran carta exhortatoria y política, no había pasado de unos esbozos, en parte por escrúpulos, en parte por temor a molestar a César, y en parte también disuadido, al parecer, por la desaprobación de Balbo, Opio e Hirtio, que le aconsejaban múltiples rectificaciones (*ad Att.* XIII 27, 1; 28, 1-3; 26, 2; XII 51, 2; v. Balsdon *op. cit.* p. 182). En todo caso, y aparte de las eternas fluctuaciones e inconsecuencias de Cicerón, éste ya quince años antes había criticado a Catón como utopista que, por su alejamiento de la sucia realidad circundante, con toda su buena voluntad y honradez perjudicaba a veces al país (*ad Att.* II 1, 8, de junio del 60).

En esas referencias que tenemos sobre los *Anticatones*, pues, se funda, al parecer, Carcopino para los juicios o insinuaciones que arriba hemos indicado. César, en todo caso, hubiera querido encontrar vivo a Catón, y, al llegar triunfalmente a Útica pocos días después del suicidio de aquél y enterarse entonces de lo sucedido, pronunció una frase celebrísima, que dio que cavilar a Plutarco, y que sin duda ha debido influir también en la referida opinión de Carcopino: «Catón, envidio tu muerte puesto que tú me has rehusado el que yo pudiera salvarte»: Plutarco *Cat. min.* 72, 2 y, casi exactamente igual, *Caes.* 54, 1; en Dión Casio LXIII 12, 1 en estilo indirecto y añadiendo 'gloria': «César dijo que estaba indignado con Catón porque éste le había rehusado la gloria de su salvación»; parecidamente, aunque con mayor concisión, en Apiano *civ.* II 99: «dijo que Catón le había rehusado una bella demostración»; más breve aún es Valerio Máximo V 1, 10: *et se illius gloriae invidere*

et illum suae invidisse dixit. El verbo φθονεῖν, común a los cuatro textos griegos, significa 'rehusar' y no 'envidiar' en los dos últimos y en el segundo miembro u oración causal de ambos pasajes de Plutarco; significa, en cambio, 'envidiar' en el primer miembro u oración principal de estos dos, con un interesante zeugma lexical; bien entendido por Lhomond al parafrasear así la frase de César (*De viris illustribus urbis Romae*, París, 1775, LXII 237): «Caesar, audita Catonis morte, dixit illum gloriae suae invidisse, quod sibi laudem servati Catonis eripuisset». No parece, pues, recomendable el uso de 'envidiar', 'envier', 'envy', 'begrudge', etc. para los dos miembros; sí puede, en cambio, admitirse 'gönnen' para los dos, como hace W. Wuhrmann en la traducción de la Artemis Verlag, Zürich, 1957 (la traducción del *Cato minor*) y 1960 (la del *Caesar*). Del mismo modo, a la vista de los textos griegos, y aun cuando el contexto de Valerio Máximo no sería suficiente por su excesiva brevedad, es también conveniente traducir por 'rehusar', o, al menos, 'obstaculizar', 'impedir' o 'menoscabar', el segundo *invidisse* del texto de Valerio Máximo (que añade 'gloria' no sólo con referencia a la gloria que César habría logrado con perdonar la vida a Catón, como Dión Casio, sino también a la gloria lograda por Catón con su suicidio, en dativo preverbal las dos veces: «César dijo que envidiaba la gloria de Catón y que éste había impedido la de César»). La opinión de Plutarco, muy matizada y atendible (y mucho más explícita y detallada en *Caes.* que en *Cato minor*), es que César ansiaba desde luego coger vivo a Catón, y que la dureza del *Anticatón* hace dudosa la sinceridad de la citada frase de César, pero que, por otra parte, la clemencia con que trató a Cicerón (y al propio Bruto después de Farsalia), y la necesidad de justificarse frente al indirecto ataque que contra él constituía el *Catón* de Cicerón, son indicios de que su ataque por escrito contra la memoria de Catón era producto no de odio, sino de cálculo o conveniencia política. Añade Plutarco que no se sabe bien por qué molestó tanto a César el suicidio de Catón, y que es incierto lo que habría hecho si lo hubiera apresado vivo, si bien es de suponer que lo habría perdonado.

6. Las cavilaciones a que así se entrega Plutarco en esos períodos irreales de pasado acerca de qué habría hecho César si hubiera

estado en su mano conservarle la vida a Catón, pueden insertarse, en todo caso, en la historia de las vacilaciones de César, que son sumamente llamativas a lo largo de toda su carrera (pese a las diti-rámicas hipérboles de Mommsen sobre su seguridad y decisión), y de las que vamos a estudiar una muestra especialmente interesante, a saber, en una ocasión enteramente diversa de las anteriormente evocadas, su comportamiento durante las Lupercales del año 44, el 15 de febrero, un mes justo antes de su asesinato. Marco Antonio, cónsul colega de César ese año, y que actuaba como Luperco (corredor desnudo y armado de un látigo de cuero) en aquella festividad ritual, trató de ponerle a César, que presidía la tradicional ceremonia, ante inmensa muchedumbre, una diadema en la cabeza: una simple cinta blanca, al parecer, pero atributo o insignia inconfundible de la realeza (sobre todo de los reyes helenísticos) y que a los ojos de todo el mundo significaba proclamar solemnemente a César rey de Roma, violando así una especie de tabú antimonárquico que en Roma llevaba cuatrocientos sesenta y cinco ininterrumpidos años de vigencia. La mejor descripción de esta escena también famosísima es sin duda la de Plutarco *Caes.* 61, 3-4 (y casi lo mismo en *Anton.* 12, 2-3), en donde Marco Antonio le alarga la diadema dos veces, rechazándola César otras dos y aplaudiendo la gente (pocos al serle ofrecida, muchos al rechazarla: así ambas veces; en *Anton.* añade que entre ambos hubo un largo forcejeo: καὶ πολὺν χρόνον οὕτω διαμαχομένων). En Shakespeare *Julio César* I 2 son tres veces, y la rechaza cada vez con menos energía («BRU. Was the crown offered him thrice? CASCA. Ay, marry, was't, and he put it by thrice, every time gentler than other...»). En Dión Casio XLIV 11, 2-3 Marco Antonio le pone la diadema (y lo llama rey) una sola vez; y ya tenía puesta César una corona de oro, sin duda por ir *veste triumphali* (θριαμβικῶ κόσμῳ κεκοσμημένος en Plutarco; τῇ τε ἐσθῆτι βασιλικῇ κεκοσμημένος καὶ τῷ στεφάνῳ τῷ διαχρύσῳ λαμπρυνόμενος en Dión Casio); y César envía la diadema al Capitolio para Júpiter, pero da lugar a que se sospeche (las sospechas, también en Nicolás de Damasco 73, v. *infra*) que todo ha sido amañado para parecer que se le obligaba a aceptar el título de rey. (Cf. Dión Casio XLVI 19, 4 en el discurso de Caleno: César puesto en evidencia por Marco Antonio y obligado así a rechazar la dignidad real.)

En Suetonio *div. Iul.* 79, 2 Marco Antonio trata de ponerle la diadema varias veces (*quamquam a consule Antonio admotum saepius capiti suo diadema reppulerit atque in Capitolium Iovi Optimo Maximo miserit*). En Veleyo Patérculo II 56, 4 una vez (*imponendo capiti eius Lupercalibus sedentis pro rostris insigne regium, quod ab eo ita repulsum erat, ut non offensus videretur*). En la *periocha* CXVI una vez (*a Marco Antonio consule, collega suo, inter Lupercos currente diadema capiti suo impositum in sella reposuit*). En Cicerón *Phil.* II 85 (cf. III 12) podría haber repetición (*tu diadema imponebas cum plangore populi, ille cum plausu reiciebat*: imperfectos a la vez conativos e iterativos según Denniston *comm. ad loc.*). En Apiano *civ.* II 109 dos veces (y ulterior forcejeo, durante el cual la gente permanece a la expectativa, curiosa y atenta a ver en qué termina aquello, hasta que, al fin, prevaleciendo la repulsa de la diadema por César, se produce un clamor de aprobación: *καὶ ὁ δῆμος διεριζόντων μὲν ἔτι ἡσύχαζε, μετέωρος ὢν, ὅπη τελευτήσειε τὸ γινόμενον, ἐπικρατήσαντος δὲ τοῦ Καίσαρος ἀνεβόησαν ἡδιστον καὶ αὐτὸν ἅμα εὐφήμουν οὐ προσέμενον*).

En Nicolás de Damasco 90 F 130 (= Βίος Καίσαρος 21, 71-75) son dos veces: empieza Licinio, que, llevando una corona de laurel y dentro una diadema (*δάφνινον ἔχων στέφανον, ἐντὸς δὲ διάδημα περιφαινόμενον*), se acerca a César y deposita la diadema a los pies de éste. A continuación la gente llama a Lépido pidiendo que le ponga la diadema en la cabeza; Lépido vacila; Casio Longino coge la diadema y se la pone en las rodillas a César. Éste la rechaza (dicho sin mayor precisión: *Καίσαρος δὲ διωθουμένου*), y entonces llega Antonio corriendo, desnudo y untado de aceite como Luperco (*ταχὺ προσδραμών Ἀντώνιος, γυμνὸς ἀηλιμμένος ὥσπερ ἐπόμπευεν*) y le pone la diadema en la cabeza. César se la quita y la arroja a la multitud. Antonio se la pone por segunda vez y el pueblo aclama rey a César (*χαῖρε, βασιλεῦ*). César ordena que la lleven al templo de Júpiter Capitolino. Por último Marco Antonio abraza a César y da la diadema a unos de los presentes para que la pongan en la cabeza de una estatua de César que se encontraba en las proximidades; y así lo hacen.

Toda la escena, con el ridículo forcejeo entre Marco Antonio y César, y ya estuviera amañada, ya fuera más o menos fortuita o improvisada, parece revelar, como decíamos, notable vacilación

o inseguridad de César, incluso como probatura, y es de una teatralidad bastante ἀπρεπής y muy poco *honestá*; incluso la *gloria recusandi erepta sibi* que antes había alegado (en Suetonio 79, 1) para castigar a los tribunos Marulo y Flavo (por haber mandado encarcelar a un individuo que al volver César de las Ferias Latinas, el 26 de enero del mismo año, había puesto en la estatua de César una corona de laurel con una cinta blanca, y por haber mandado que quitasen la cinta blanca de la corona) parece un recurso pobrísimo e igualmente vacilante, un disimulo o pretexto muy poco airoso.

Al parecer, como también dijimos, la diadema, que tanto escandalizaba, era una simple cinta blanca; en cambio nada tenían que objetar a la corona triunfal, de oro, que últimamente llevaba César en todas las celebraciones.

Carcopino (en pp. 1004 s. de la obra citada, y en varias otras, señaladamente en *Les étapes de l'impérialisme romain*, París, 1961², donde desarrolla mucho su tesis de que César quería la realeza por encima de todo) da otra explicación del forcejeo. Según él, toda la escena estaba enteramente amañada, y el forcejeo entre Antonio y César destinado a provocar la reacción del pueblo; una vez que éste había llegado a aclamarlo rey, César podía alegar ante el Senado que el pueblo exigía que se le otorgara el título de rey. Que el pueblo lo aclamó rey en las Lupercales está sólo en Nicolás de Damasco, en la forma que hemos visto; en Suetonio 79, 2 y en Apiano II 108 parece indicarse que fue antes de las Lupercales y no de un modo tan multitudinario ni llamativo; en Dión Casio XLIV 11, 1-2 es Antonio el que en las Lupercales lo llama rey, diciendo que es en nombre del pueblo, siendo este hecho, a saber, el que el cónsul lo llamara rey en nombre del pueblo en forma tan pública y solemne, lo que, a juicio de Paribeni (*L'età di Cesare e di Augusto*, Bologna, 1950, p. 212) constituía la más grave provocación a los antiguos oligarcas y lo que precipitó y consolidó la conjura contra la vida de César; y en cierto modo así se implica en Nicolás de Damasco 75. En cambio en Suetonio 80, 1, Dión XLIV 15, 3-4 y Apiano II 113 (cf. 110), lo que precipitó la conjura fue un rumor, persistente y generalizado, según el cual en la próxima sesión del Senado el quincecénviro Lucio Cota iba a presentar una moción para proclamar rey a César, moción que se iba a fundar en una

supuesta profecía de los Libros Sibilinos según la cual sólo un rey podría vencer a los Partos (siendo así que César se proponía partir en seguida en campaña contra los Partos: Apiano II 110, cf. Suetonio, 44, 3, etc.). Pues bien, esto, que los tres autores dan como mero e incierto rumor (especialmente Dión Casio: εἶτ' οὖν ἀληθοῦς εἶτε καὶ ψευδοῦς, οἷά που φιλεῖ λογοποιεῖσθαι; como rumor también se menciona en Plutarco *Caes.* 60, 1, *Brut.* 10, 2; como rumor falso, en Cicerón *de divin.* II 111), Carcopino lo tiene por seguro, e incluso da a entender que la propia profecía sibilina estaría amañada; y es, desde luego, muy posible que así fuese todo, pero no podemos tener la seguridad, y subsiste la impresión de que toda la escena de las Lupercales fuera no un inteligente ensayo de César para ir inculcando la idea de su realeza (o aun sólo para probar cómo reaccionaba la gente), sino un incidente ante el que el propio César no supo cómo reaccionar. Que César era de hecho rey aun sin tener ese título es afirmación corriente en Cicerón después del asesinato de César (por ejemplo, en *de divin.* loc. cit., *ad fam.* XI 27, 8, etc.); que convenía que fuese dictador de los romanos pero rey de los pueblos sometidos a Roma, es lo que, según Apiano II 110, se atrevían «algunos» a decir al tener noticia del supuesto oráculo sibilino; y que se le iba a permitir usar fuera de Italia el título de rey y la diadema, es lo que según Plutarco 64, 2 dijo Décimo Bruto a César, una vez llegado el 15 de marzo, para engañarlo y convencerlo de que no debía dejar de ir al Senado, donde se le esperaba para eso. Nada de esto, pues, nos da la seguridad de que César tuviera preparada la intervención de Cota ni el propósito de hacerse proclamar rey en aquella sesión del Senado haciendo uso de la profecía sibilina.

7. Por último el «¿también tú, hijo?» de César, ya herido de muerte, a Bruto. Es común en los dos últimos siglos citar estas palabras en latín: *Tu quoque, fili mi?* Pero en latín están sólo en Lhomond (*De viris illustribus urbis Romae*, LXI 229); el único autor latino antiguo que atribuye a César, al ver que también Bruto se arrojaba contra él, ese triste reproche, es Suetonio (*Caes.* 82, 2) y lo cita en griego: καὶ σὺ, τέκνον;; y exactamente igual lo cita el único autor griego que lo menciona, que es Dión Casio (XLIV 19, 5). Ambos dan la anécdota como dudosa. Bruto, hijo de Servilia (hermanastra de Catón y esposa, en primeras nupcias, de Marco

Junio Bruto, tr. pl. en el año 83), nació o en el año 85 (según se deduce de Cicerón *Brut.* 324 y 229, leyendo *decem* en el primer pasaje, con los manuscritos, y no *sedecim* con Nipperdey y Douglas, a pesar de diversos datos que ofrece este último en apoyo de la conjetura *sedecim*) o en el 78 (deducido de Veleyo Patérculo II 72, 1). En el primer caso tendría César quince años al nacer Bruto; veintidós en el segundo (aceptando, naturalmente, el año 100 para el nacimiento de César, con Suetonio, Veleyo Patérculo, Apiano y Butler-Cary, y no el 102 con Mommsen ni el 101 con Carcopino). Es, en suma, por lo menos muy dudoso tanto que César pronunciase la frase como que con la palabra τέκνον revelara, ni aun involuntariamente en aquel momento supremo, su paternidad de Bruto, y, en suma, que Bruto fuera hijo suyo; la anécdota, probablemente ficticia, pues (y que no está en Plutarco, Apiano, Nicolás de Damasco, Veleyo ni otro autor antiguo alguno fuera de Suetonio y Dión Casio), pudo tener su origen en el hecho de que los amores entre César y Servilia, la madre de Bruto, fueron especialmente famosos entre los muchos otros de César (Suetonio *div. Iul.* 50, 2, Plutarco *Cat. min.* 24, 1-2, *Brut.* 5, 1, Apiano *civ.* II 112).

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA